

JONÁS

Capítulo 4,1-11

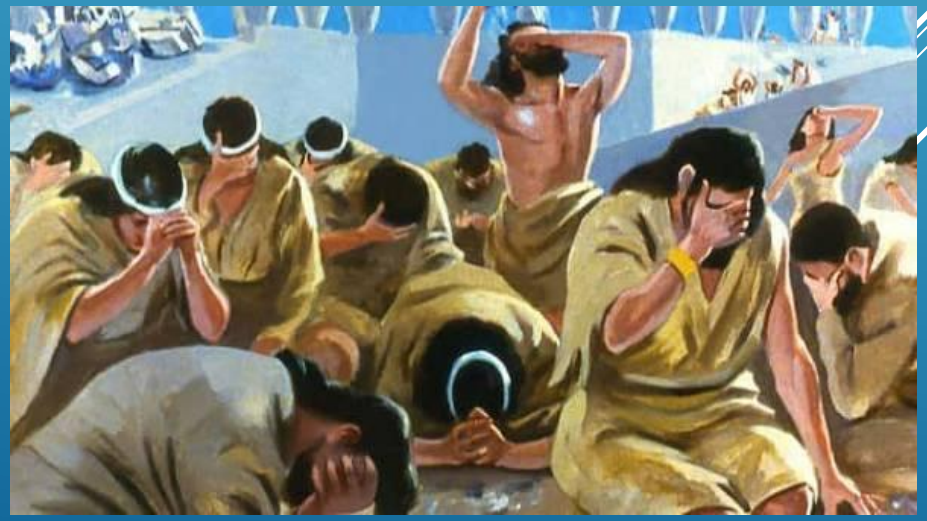
JONÁS 4, 1-11

**1Jonás se disgustó y se indignó profundamente. 2Y rezó al Señor en estos términos:
—¿No lo decía yo, Señor, cuando estaba en mi tierra? Por eso intenté escapar a Tarsis, pues bien sé que eres un Dios bondadoso, compasivo, paciente y misericordioso, que te arrepientes del mal. 3Así que, Señor, toma mi vida, pues vale más morir que vivir. 4Dios le contestó: —¿Por qué tienes ese disgusto tan grande? 5Salió Jonás de la ciudad y se instaló al oriente. Armó una choza y se quedó allí, a su sombra, hasta ver qué pasaba con la ciudad. 6Dios hizo que una planta de ricino surgiera por encima de Jonás, para dar sombra a su cabeza y librarlo de su disgusto. Jonás se alegró y se animó mucho con el ricino. 7Pero Dios hizo que, al día siguiente, al rayar el alba, un gusano atacase al ricino, que se secó. 8Cuando salió el sol, hizo Dios que soplase un recio viento solano; el sol pegaba en la cabeza de Jonás, que desfallecía y se deseaba la muerte: «Más vale morir que vivir», decía. 9Dios dijo entonces a Jonás: —¿Por qué tienes ese disgusto tan grande por lo del ricino? Él contestó: —Lo tengo con toda razón. Y es un disgusto de muerte. 10Dios repuso: —Tú te compadeces del ricino, que ni cuidaste ni ayudaste a crecer, que en una noche surgió y en otra desapareció, 11¿y no me he de compadecer yo de Nínive, la gran ciudad, donde hay más de ciento veinte mil personas, que no distinguen la derecha de la izquierda, y muchísimos animales?**

JONÁS 4, 1-11

Contra lo que se esperaba Nínive ha hecho penitencia, Nínive ha realizado una conversión total. Y Dios ha hecho lo mismo: "Dios se arrepintió de la catástrofe con que había amenazado a Nínive. En lugar del castigo, el perdón. Se ha salvado la vida.

La compasión de Dios ha desencadenado, de nuevo, la cólera en Jonás. Le sabe peor la conducta de Dios por haberlo enviado, provocando así la conversión de los ninivitas. Jonás se queja a Dios como ya antes se habían quedado Job y Jeremías.



JONÁS 4, 1-11



Jonás había recibido la orden de dirigirse a Nínive y había tomado la dirección opuesta: Tarsis. Ahora sabemos por qué. No es que temiera por su vida o por la de los ninivitas o por la suerte de Israel. Lo que realmente temía era ser, en favor de aquellos hombres, el instrumento de la misericordia de Dios. Sospechaba que Dios, siendo como es, no cumpliría su amenaza sobre Nínive. Le sabe mal que Dios haya salvado Nínive, olvidándose de que también él se había salvado de una muerte segura.

JONÁS 4, 1-11

Él no podía sospechar que los ninivitas iban a convertirse. Pero conoce a su dio. Sabe que Yavé es un Dios de cariño y de misericordia. Ese Dios santo que castiga el pecado es ante todo un Dios de misericordia y de bondad. Podría decirse que es ésa su naturaleza primera, su definición, la clave de su conducta. Si éste es el credo de Jonás, quizás podía dudarse efectivamente del fracaso de su misión a los ninivitas. El mero hecho de que Dios lo enviara a Nínive es la prueba de que Dios se preocupa de sus habitantes y tiene intención de salvarlos. Si no, habría hecho caer sobre ellos sin previo aviso el fuego del cielo. Jonás se niega a ser un instrumento de salvación para los paganos.

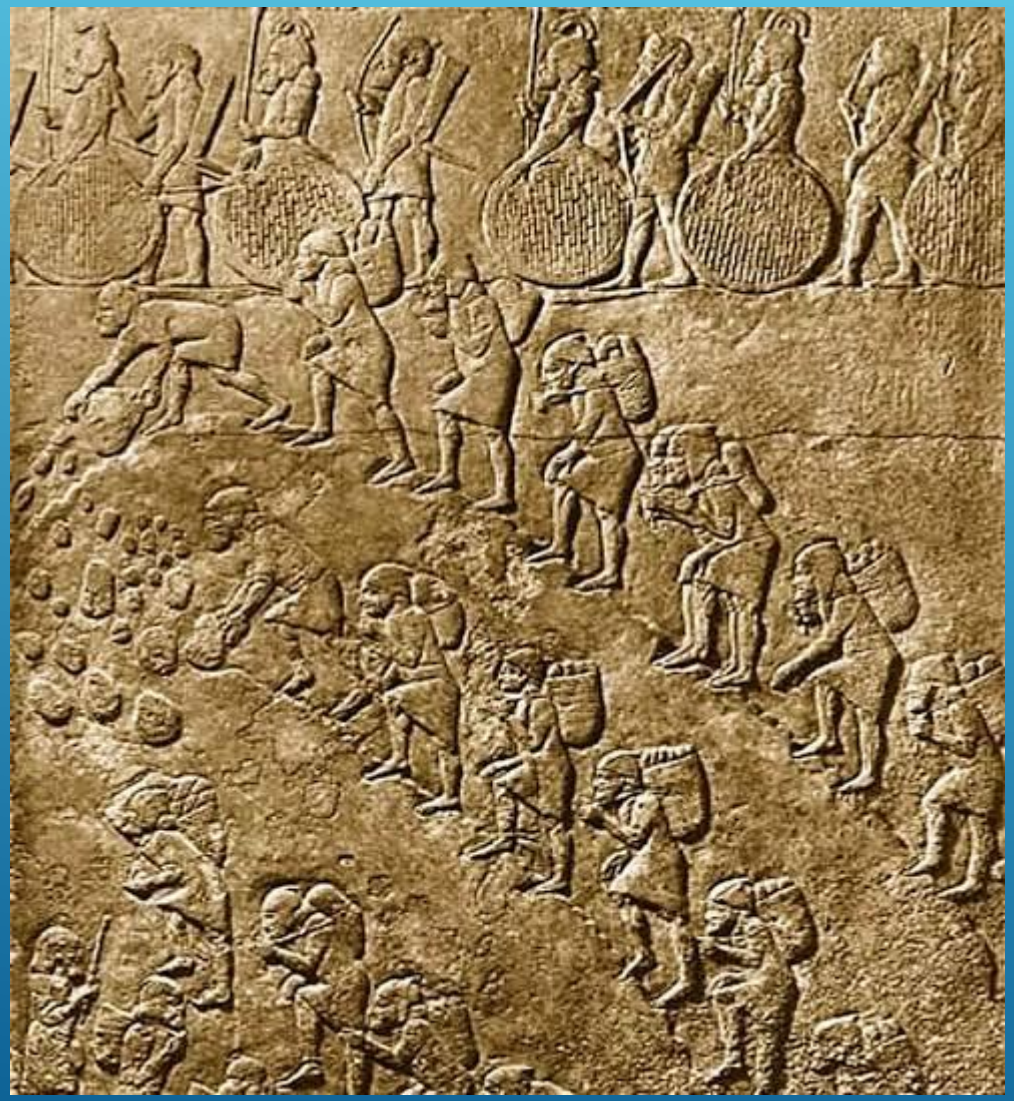


JONÁS 4, 1-11

La Historia, la arqueología, los anales asirios y la Biblia nos dice lo que fueron Nínive y sus reyes. El British Museum de Londres está lleno de estelas y de bajorrelieves, que inmortalizan a los reyes asirios: grandes cazadores, guerreros intrépidos, constructores de palacios y de imperios. A través de esos monumentos de piedra, como a través de los textos asirios y bíblicos, se adivina la implacable crueldad de esos tiranos: guerras de conquista, despojos, deportaciones, trabajos forzados, imposición de tributos exorbitantes, saqueos innumerables, tierras calcinadas.



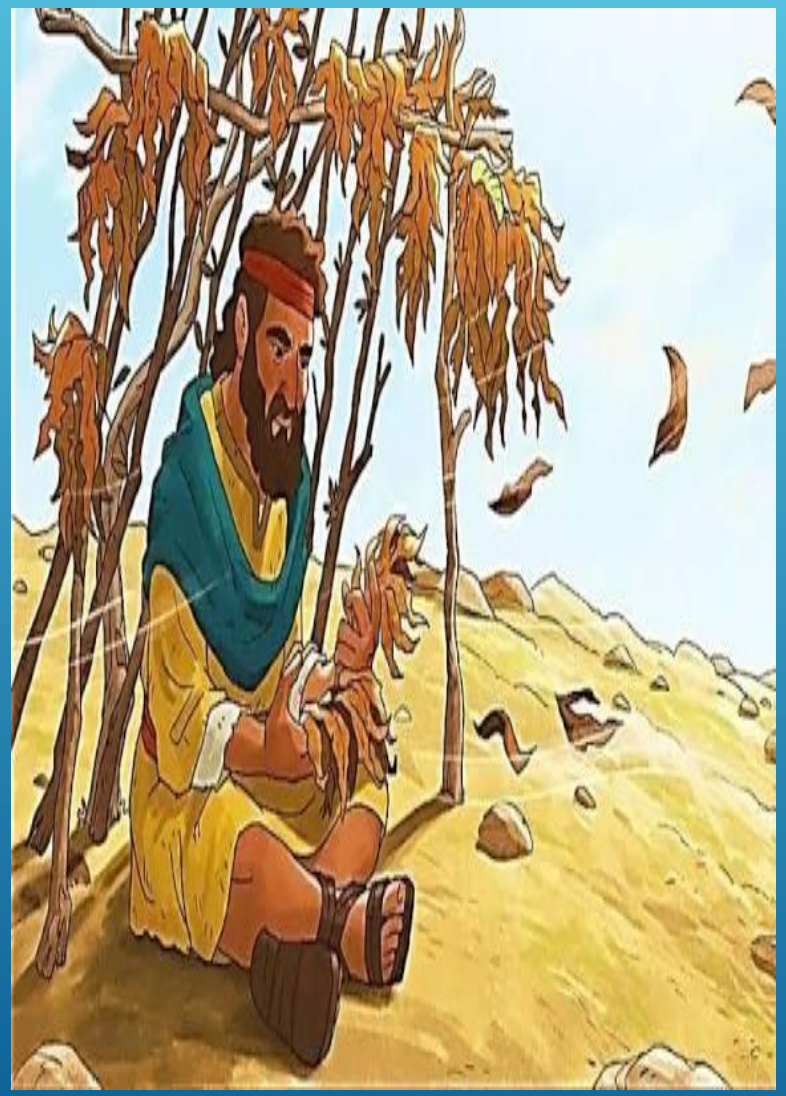
JONÁS 4, 1-11



Para los judíos de después del destierro, Asiria no era un reino mítico. Asiria había destruido el reino del norte en el 721 y había llegado a las puertas de Jerusalén. Todavía recordaban los tributos enormes que los reyes de Judá, Ajab, Ezequías y Manasés tuvieron que pagar a los asirios. Cuando escribía el autor del libro de Jonás, Nínive era sin duda un montón de ruinas. Los babilonios y sus aliados habían destruido el gran imperio asirio.

Nínive seguía siendo para los judíos el símbolo de la injusticia, de la crueldad, de la sangre derramada, en una palabra el símbolo del mal. Pues bien, a esa ciudad Jonás tenía que llevarle el mensaje de Dios y hacerse el instrumento de su bondad.

JONÁS 4, 1-11



Jonás se siente desconcertado por el perdón a Nínive llegando a pedirle a Dios que le quite la vida, que más vale morir que vivir.

Dios le responde "¿Y vale irritarse?. Así comienza una curiosa discusión, en la que cada una de las partes intenta justificar su conducta. Jonás su cólera y Dios su bondad. La cuestión de Dios define el objeto en su discusión. "Tiene realmente Jonás motivos para estar irritado? ¿No es acaso una injusticia haber perdonado y respetado a Nínive, a la que los judíos no podían menos de desear todo el mal posible?". Jonás no responde. La cólera le ahoga. No puede retroceder ante sí mismo. Deja la ciudad, se detiene al este y se instala en una choza y se sienta a la sombra de un ligero techo.

JONÁS 4, 1-11

Su choza constituye un observatorio para esperar el destino de la ciudad, Jonás tiene prisa por ver el castigo de la ciudad. Lo sigue esperando. Después de todo, los ninivitas son inconstantes, si han saltado tan pronto del pecado a la penitencia, bien podrían volver otra vez al pecado. Israel ha dado ese ejemplo muchas veces. Jonás sigue esperando el fuego del cielo.

La parábola del ricino.

No se puede discutir con una persona enfadada con un hombre ciego de pasión. Primero hay que ayudarle a salir de sí mismo y para ello Dios se imagina un procedimiento para reanudar el diálogo.

JONÁS 4, 1-11

Entretanto el sol había ido moviéndose y ahora da de pleno a Jonás. Entonces Dios hizo creer un ricino, exactamente encima de la cabeza de Jonás. Ese ricino irrumpe en la noche de Jonás, lo que indica que cualquier coda puede librarse de nuestros problemas y preocupaciones. Pero al día siguiente un gusano que seca el ricino y además aparece el siroco, viento bochornoso del desierto, y el sol abrasa la cabeza de Jonás. Jonás vuelve a pedir de nuevo la muerte. La muerte del ricino le sumerge de nuevo em sus problemas y en su desesperación.



JONÁS 4, 1-11

Allí aparece de nuevo Dios "¿Y vale la pena irritase por el ricino?" a lo que Jonás fuera de sí constesta "Vaya si vale y mortalmente".

Dios finge que aprueba la compasión de Jonás por el ricino efímero, que no le ha costado nada. Pero si Dios comprende la compasión de Jonás. ¿por qué Jonás se niega a comprender la compasión y pena de Dios por Nínive?. Si Jonás está enfadado por la muerte de un ricino no lo va a estar Dios por los 120.000 habitantes de Nínive y sus animales.

Dios revela el secreto de su conducta y de su ser. La salvación de los ninivitas no está ligada a la penitencia de sus habitantes, se debe a la gracia de Dios y al cariño que tiene a todas sus criaturas.



JONÁS 4, 1-11

¿Jonás puede comprender el amor de Dios?

¿Jonás está dispuesto a descubrir en las diversas peripecias de su misión y en la sombra del ricino el poder y la mano cariñosa de Dios que quiere la salvación de todos los hombres, incluidos los ninivitas?

JONÁS NO RESPONDE

AHORA LE TOCA AL LECTOR

JONÁS 4, 1-11

“EL INTELIGENTE, QUE RETENGA ESTOS HECHOS Y MEDITE EL AMOR DEL SEÑOR “

(Sal 107, 43)